



Capítulo 1

VAGOS RECUERDOS DE MI NIÑEZ

*«Me viste antes de que naciera. Cada día de mi vida estaba registrado en tu libro. Cada momento fue diseñado antes de que un solo día pasara»
(Salmos 139:16. NTV).*

Mi historia no inicia con mi nacimiento. Comenzó el día que fui planeada en la eternidad. No siempre lo pensé de esta manera, pero hoy sé que fue así. Cada detalle de mi vida fue previsto con sabiduría, por una mano que nunca me ha soltado. Quien cuenta esta historia no es la misma Grace de años atrás, por muchas razones.



Nací un febrero, en la ciudad de Nueva York, durante los años 70; en el hogar de una pareja joven, inexperta, donde ambos venían de familias disfuncionales y cada uno cargaba diferentes traumas de su niñez, que nunca resolvieron. Mi madre contaba con diecisiete años de edad y mi papá, veintidós. Ambos cargaban con las herencias de sus entornos familiares y con un bagaje muy fuerte de orfandad.

El vientre de Evelyn Serrano Jiménez fue el medio usado para mi llegada a este mundo. Ella fue criada por una señora que no era su madre biológica, llamada Zoila Sostre, que fue para mí la abuela materna, a quien amé con todo mi corazón. Los padres biológicos de mi mamá la abandonaron, entregándola a Zoila, quien se convirtió en su madre por voluntad propia. Zoila, hasta donde sé, no tenía un compañero de vida, un esposo; así que mi madre creció en un hogar lleno de amor, pero sin la figura paterna, sin hermanos ni familia alguna por parte de sus padres biológicos.

Indudablemente, Evelyn amaba a Zoila como a una madre verdadera y, gracias a ella, fue instruida en la Palabra de Dios, ya que Zoila era creyente, le servía al Señor; así que mi mamá también tuvo esa base cristiana. No conozco más detalles sobre el crecimiento de mi madre, no sé cómo fue su desarrollo o educación, solo sé que fue criada en la ciudad de Nueva York.

Por su parte, mi papá, Francisco Antonio Soto, nació en Fajardo, Puerto Rico, aunque fue criado en la ciudad de Nueva York, a donde llegó a una temprana

edad, de modo que fue como si hubiera nacido allí. A sus doce años, sus padres biológicos se divorciaron y, más adelante, su mamá contrajo segundas nupcias. Entonces, mi papá, aunque creció con sus padres biológicos hasta cierto momento, tuvo que vivir la experiencia de ser separado de su padre, para aceptar el amor de una nueva figura paterna.



Yo siempre digo: «El hijo que es privado del derecho a crecer con sus padres biológicos, se desarrolla fuera del diseño establecido, en un entorno opuesto a toda normalidad; como un pez fuera del agua». Pienso que todo hijo debe ser criado y educado por ambos padres. Sabemos que hay excepciones, pero, en general, los niños no entienden el concepto de separación y tampoco pueden procesar las causas del modo en que lo hacen los adultos. Los padres suelen creer que toman «las mejores decisiones para sus hijos», pero ¿son realmente las mejores?

Hablo un poco de lo que vivieron mis padres biológicos, con base en la información que poseo, pues su historia me acompañará toda la vida, con sus rasgos y detalles, que me marcaron y contribuyeron a mi formación como ser humano. Todos tenemos una historia que contar, cada una con su gloria y con más de una versión. Como dice una frase anónima:



«Nunca juzgues a otra persona sin haber caminado un kilómetro con sus zapatos».

No sé si el embarazo de mi madre fue inesperado o planificado. Tal vez, fui un accidente, como suele decirse. No conozco los pormenores de mi llegada a este mundo, pero, como cualquier persona, tengo leves recuerdos de mis primeros años de vida, vagas memorias que me llegan como si fueran cortos videos que nunca he olvidado. Sin embargo, me llama la atención que, entre todos estos recuerdos, no encuentro el rostro de mi mamá.

Puedo verme muy pequeña, sentada en las escalinatas de la casa donde vivía mi abuela Zoila, junto a ella, comiendo sandía, «*watermelon*». ¿Cómo es que aún recuerdo esto? No lo sé, pero puedo asegurar que estuvimos juntas allí. También tengo memoria de estar en un apartamento pequeño que, posiblemente, era donde vivía mi abuela; allí, la veo a ella y a mi mamá, buscando algo entre potes de medicamentos. En ese mismo edificio, también había un apartamento a donde, al parecer, me llevaban para que alguien me cuidara. Ese lugar no me gustaba, me inspiraba miedo; creo que un señor que vivía allí se escondía para asustarme.

También viene a mi mente una escena que se repitió en varias ocasiones: iba con mi mamá en su auto y ella me hacía bajar, pidiéndome que comprara un litro de leche para ella o para llevársela a mi abuela.

Yo iba, la compraba y, cuando regresaba al carro, mi mamá ya no estaba. Esto me causaba mucha tristeza.

Así mismo, recuerdo que, para poder llegar al apartamento donde mi abuela vivía, tenía que subir unas escaleras; pero, en las noches, allí se reunía un grupo de hombres, para jugar algo, fumar o pasar el tiempo. Esa atmósfera no me gustaba, me hacía sentir insegura, aunque esos hombres nunca me hicieron daño.

Más allá de los recuerdos, sé que, a mis tres años, mis padres ya tenían complicaciones en su joven matrimonio, así que se separaron: cada cual tomó por su lado. En el momento de la separación, quedé con mi mamá, pero, pasado un tiempo que no logro precisar, mi papá decidió llevarme con él. Quedé bajo su custodia.

No sé cuál fue el motivo de la separación o el acuerdo que hubo entre mis padres para cambiarme de hogar, para hacerme pasar de vivir con mi mamá a estar con mi papá, que era soltero, tenía que trabajar y no podía cuidarme. Él tomó una decisión fuerte para su vida, pero esa decisión, además, afectaría la mía para siempre, así como mi formación y mi crecimiento. Sé que fue difícil para él, pues yo, siendo madre, realmente no sé cómo pudo se-



guir adelante, y tampoco sé cómo mi mamá pudo, hasta cierto punto, abandonarme.

A la edad de cuatro años, estuve a bordo de un gigantesco avión, viajando sola, escoltada por azafatas, de camino al lugar donde terminaría de crecer: Puerto Rico. Lo único que recuerdo de ese viaje es la experiencia de estar por primera vez en un avión y a un niño, de más edad que yo, que también viajaba solo y que se dedicó a infundir temor en mí, diciéndome que el avión se iba a caer y cosas por el estilo, mientras me hacía ver el mar a través de una ventanilla del avión. Pienso que, aunque yo no podía entender realmente el significado de lo que él me decía, no dejaba de asustarme.

Ese es el recuerdo que permanece conmigo de aquel «maravilloso viaje». No tengo memoria de quién me llevó al aeropuerto ni tampoco de quién me recibió al llegar a Puerto Rico. Solo sé que nadie me preguntó si quería irme y, de un día para otro, se decidió lo que sería «mejor para mí». Alguien resolvió que mi bienestar implicaba vivir en otro lugar, fuera de mi entorno, sin la cobertura de mi madre y mi padre, a una distancia de más de dos mil seiscientos kilómetros en avión, en un país desconocido y totalmente nuevo para mí, con un idioma distinto al que yo hablaba.

No sé si lloré o si, con mi capacidad de niña, entendí algo; no sé si alguien trató de explicarme lo que sucedía o si, realmente, me fui con alegría, sonriendo. Aún hoy, no lo sé.

¿A casa de quién iba? A la de mis abuelos paternos, a donde fui enviada por mi papá. La verdad, yo no sabía si aquello era temporal o para siempre; lo que sí era claro para mí era que estaba lejos de mis padres y no sabía si los vería nuevamente. Llegué a Puerto Rico sabiendo que no estaba con ellos y fui aprendiendo a adaptarme a las personas, a una nueva casa, a la ausencia de mis padres.